7.80
ANT
XIX
1269/13

GÉNESIS Y DESARROLLO

DE LA LEYENDA DE

DON JUAN TENORIO

POR

DON JOAQUIN HAZAÑAS Y LA RUA,

Profesor auxiliar supernumerario de la Facultad de Filosofía y Letras
en la Universidad Literaria de Sevilla.

Trabajo premiado por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de la misma Ciudad en el Certámen de 1893.

SEVILLA
Librería é Imprenta de Izquierdo y C.ª
FRANCOS, 60 Y 62.
1893

5000

GÉNESIS Y DESARROLLO

DE LA LEYENDA DE

DON JUAN TENORIO

22 cms
R-93426

GÉNESIS Y DESARROLLO

DE LA LEYENDA DE

DON JUAN TENORIO

POR

DON JOAQUIN HAZAÑAS Y LA RUA,

Profesor auxiliar supernumerario de la Facultad de Filosofía y Letras
en la Universidad Literaria de Sevilla.

Trabajo premiado por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de la misma Ciudad en el Certámen de 1893.

SEVILLA
Librería é Imprenta de Izquierdo y C.ª
FRANCOS, 60 Y 62.
1893

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Sr. D. Luis Montoto y Rautenstrauch.

Mi querido amigo:

No es la primera vez que el nombre de V. y el mio se ven juntos en las primeras páginas de un libro: mi Biografía del poeta sevillano Rodrigo Fernandez de Ribera va honrada con un prólogo de V.; á mi discurso de recepcion en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras sigue el suyo, contestándome á nombre de aquella corporacion; y, por último, la bondad de V. ha sido tan grande para conmigo, que me ha dedicado, hace pocos meses, un preciosísimo libro La Musa popular: *permítame, pues, que hoy le ofrezca este pobre estudio, no para pagar lo que debo, sino sólo para darle así un público testimonio del afecto que le profesa su amigo*

Joaquin Hazañas.

ENTRE las muchas leyendas que se encuentran en ese tesoro de obras que forman la literatura de España, pocas han alcanzado la importancia que la de Don Juan, y de ninguna se encuentran mayor número de manifestaciones en la literatura patria y en las extranjeras. Sólo en el teatro, género quizá el más apropiado para su perfecto desarrollo, tenemos en España tres, una de Tirso de Molina, otra de Don Antonio de Zamora, y por último, el popular drama del vate ilustre que en estos momentos llora la patria, del inmortal Zorrilla. Estos tres escritores han llevado al teatro en los siglos XVII, XVIII y XIX la figura admirable de Don Juan Tenorio; pero, consecuentes con las ideas del tiempo en que han vivido, han hecho un Tenorio diferente, no porque en el fondo haya dejado de ser el mismo, sino porque han variado alguno de los rasgos de su

carácter, y porque han aportado elementos extraños, que, unas veces han empequeñecido y otras agigantado esa colosal figura dramática: así el de Tirso resulta el más hermoso artísticamente considerado como carácter; el de Zamora, el de menos valor; y el de Zorrilla, el gran poeta de España, cuya memoria quiere hoy justamente honrar el *Ateneo y Sociedad de excursiones de Sevilla,* con este tema y otros de este certámen, siendo superior al de Zamora, no llega al de Tirso, pero si en carácter no le aventaja, es en cambio, entre todos, el que luce el ropage más galano y hermoso, encerrado como se encuentra en los admirables versos del poeta vallisoletano. Zorrilla es además, el que para la creacion de su Don Juan ha aportado mayor número de elementos nuevos á la leyenda primitiva, y ha traido otras leyendas secundarias que hacen más grande la figura de su héroe.

Veamos, pues, lo que puede congeturarse acerca del orígen de esta leyenda y la marcha que sigue en su desarrollo hasta nuestros dias.

Desde los dias de la conquista de la ciudad de Sevilla, venía distinguiéndose entre la nobleza la ilustre familia de los Tenorio; pero principalmente en el reinado de Don Alfonso el onceno, ya alcanzando honrosas representaciones de la Ciudad, ya por haber obtenido puestos de los más ambicionados de la república, como el de almirante, que ilustró Don Alonso Jufre Tenorio, viniendo á extremarse contra ella, años adelante, los rigores de la adversa fortuna hasta desposeérsela de su casa, confiscada á la hija

del almirante Doña Teresa *porque habló mal del Señor Rey,* segun refiere el analista Ortiz de Zúñiga, y donada por Don Pedro I en 1369 al Convento de San Leandro, para levantar el edificio que aún subsiste. Es dato digno de tenerse en cuenta la existencia de esta familia en Sevilla, porque cuantos escritores de la patria literatura y de las extrañas tratan esta leyenda, hacen siempre sevillano al héroe; pero ni en las crónicas locales, ni en las generales, ni siquiera en el largo estudio genealógico de D. M. T. Cordero de Santoyo, que lleva el título de *El verdadero Don Juan Tenorio,* se encuentran datos precisos del héroe de esta leyenda.

Los dramáticos ya citados llevan la accion á tiempos distintos: Tirso y Zamora á los de Alfonso XI, Zorrilla á los del Emperador Carlos I, y en las crónicas sevillanas de esos reinados nada encontramos que, áun refiriéndose á hechos parecidos, pueda servir de fundamento á la leyenda. ¿Será, pues, invencion de la rica fantasía de un poeta? Nada más imposible. Don Juan Tenorio ha tenido que existir con ese ó con otro nombre, existe hoy y existirá mañana, aconteciéndole á esta gran figura de nuestra literatura lo que al Otelo de la inglesa, que, personificacion de las pasiones humanas, tienen vida mientras exista el hombre, porque son caracteres universales de gran trascendencia, y estos caracteres no son, ni pueden serlo, creaciones de un determinado autor, por grande que sea su fuerza creadora y poderoso su ingenio: el poeta podrá colocarlo en una época, en un lugar determinado, en circunstancias que sólo de su voluntad dependen; pero sobre todo esto aparecerán sus caracteres de universalidad, demostrándonos que allí hay algo más que la obra del escritor. Por

esto precisamente no abundan en ninguna literatura, y en la nuestra menos que en otras, esos grandes caractéres resultado de una observacion extraordinaria, que no pueden ser producto de una privilegiada fantasía, sino que, por el contrario, han de ser, como dice un ilustre crítico, arrancados de la cantera de la vida, circunstancia que nos explica su trascendencia. El caracter no es un hombre, es el hombre; por eso no puede inventarse, por eso no es de una época, por eso ha de vivir mientras exista la especie humana, de cuyos vicios y virtudes es fiel trasunto. De estos caractéres dice el Sr. Pí y Margall que es cosa secundaria el inventarlos, que pueden tomarse de la historia ó la leyenda, sin que por ello disminuya el mérito del que acierte á restituirles la vida que perdieron.

Buscando el orígen de esta leyenda, dice una autoridad tan respetable como el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto: "¿De dónde sacó Tirso la idea fun„damental de *El Burlador?* Nadie lo sabe, y hay que „atenerse á meras conjeturas. Probablemente existía „en Sevilla en los siglos XVI y XVII un cuento tra„dicional de los desmanes de algun mancebo disoluto „de la ilustre familia de los Tenorios. Varios historia„dores extranjeros de la literatura española, y algu„nos literatos, (entre ellos Ochoa), se han atrevido á „estampar irreflexivamente, como hecho verosímil, „una vulgar conseja, segun la cual, un caballero des„almado (D. Juan), dió muerte una noche al Comen„dador, D. Gonzalo de Ulloa, despues de haberle ro„bado á su hija. Fué el Comendador enterrado en el „convento de San Francisco, donde su familia poseía „una capilla. La religiosa comunidad, queriendo dar „expedita y cumplida satisfaccion á la justicia huma„na, atrajo al convento con cautelosa astucia al de-

„lincuente mozo; y allí, á mansalva, los monjes le „asesinaron; propalando despues que Don Juan ha„bia tenido la avilantez de insultar al Comendador „en su sepulcro mismo, y que la estátua le habia pre„cipitado en las llamas de los infiernos. No se halla „rastro alguno escrito de esta inverosímil y bárbara „historia, en la cual los frailes franciscos se convier„ten en jueces y verdugos. Carece hasta del mérito „de ser antigua, pues nada dice de ella el diligente „Lista, que conocia bien las tradiciones orales y es„critas de Sevilla. Ni un romance popular se encuen„tra de la fantástica leyenda.„

Por otra parte, el diligentísimo Don Cayetano Alberto de la Barrera, en su *Catálogo del Teatro*, da la noticia (tomada del manuscrito de Fr. Pedro de San Cecilio, el acompañante de Tirso en su viaje á la isla de Santo Domingo como visitador de los conventos de su Orden, códice que perteneció al Sr. Colon y hoy para en la biblioteca de los herederos del Dr. D. José M.ª de Alava,) de que Fr. Gabriel Tellez visitó á Sevilla, y añade: "Créese que las relaciones tradicio„nales recogidas por nuestro poeta en aquella excur„sion y su visita al sepulcro del comendador Ulloa, „que existía en San Francisco, de Sevilla, le inspira„ron su magnífico y célebre drama: El Convidado de „piedra.„ Mas ninguno de los historiadores de Sevilla, alguno de los cuales, como Zúñiga, describe minuciosamente los enterramientos del convento de San Francisco, menciona Capilla ni sepulcro de los Ulloas, ni refiere caso alguno memorable sucedido en aquella Iglesia.

El orígen de la leyenda no puede, pues, determinarse: se pierde su antigüedad en la noche de los tiempos, nace á la vida literaria en la obra dramáti-

ca de Tirso de Molina, y ese ha de ser el punto de partida de un estudio que se proponga conocer su desarrollo. Mas antes de examinar la obra del grave religioso, conviene averiguar si pudo servir *El Infamador* del sevillano Juan de la Cueva de base al don Juan del mercenario, como se ha venido afirmando.

Han servido de fundamento á esta opinion las siguientes frases de Lista en sus *Lecciones de Literatura Española*, dadas en el Ateneo de Madrid en 1836. "... La comedia del Infamador que seguramente sir„vió de tipo á Tirso de Molina para la del Burlador „de Sevilla„ y las que algunos años despues estampaba en su *Historia de la literatura y el arte dramático en España*, el ilustre Adolfo Federico de Schack, diciendo: "La comedia de El infamador y su héroe Lu„cino, no menos notable por su mérito, que por haber „servido á Tirso de Molina, segun todas las probabi„lidades, para componer su Burlador de Sevilla.„ A pesar de estas afirmaciones, con el prejuicio favorable á la idea de que *El Infamador* sirvió de precedente á Don Juan, consecuencia natural de la lectura de los dos respetables textos citados, cualquiera que emprenda el estudio de la obra de Juan de la Cueva, adquirirá el convencimiento de que aquella opinion carece de base, de que no existe entre Don Juan y Leucino otro punto de semejanza que su desenfrenada lujuria, y no es esto ciertamente lo que más hermosea el carácter del primero.

Leucino, héroe de la comedia de Juan de la Cueva, no tiene nada de extraordinario, es un perdido vulgar que pasa la vida entre rufianes, terceras y criados corrompidos, fiando al oro el éxito de sus empresas, con mengua de su valor y de su belleza física, que son, precisamente, dos de los rasgos carac-

terísticos de Tenorio, como tendremos ocasion de ver despues. Así exclama en la primera jornada:

Los trofeos de amor quiero acordarte,
Pues sabes que no hay dama que rendida
No traiga á mi querer, por mi dinero,
Y no por ser ilustre caballero.

Su vicio principal está comprendido en estos versos:

. . . . . ¿dí, villano,
Que mujer hay que pida mi deseo,
Que no la tenga luego de la mano?

Durante todo el drama Leucino persigue la posesion de Eliodora, figura interesantísima de esta comedia, firme siempre y jamás doblegada á las pretensiones del protagonista. En vano acude este al auxilio de *Teodora* y *Terecinda*, Celestinas las más afamadas de la ciudad; inutilmente se sirve del tercero Porcero y acude á la fuerza ayudado de sus criados, pues Eliodora, en defensa de su honor, llega hasta á dar muerte á uno de estos: sobreviene la justicia, y Leucino, en vez de amparar á la joven, la infama con una vil calumnia, (de donde toma su título la obra) accion indigna de todo hombre, y más del héroe de un drama, que debe ser modelo de hombres. Y ¿puede haber servido este Leucino, que llega á infamar á Eliodora presentándola á la justicia en criminales amores con él y con su criado al mismo tiempo, de fundamento al héroe admirable de la leyenda de Don Juan Tenorio? El más inferior de los ingenios que haya dado cuerpo á esa leyenda, de los muchos que lo han hecho, por poco que se haya penetrado del espíritu de Don Juan, no ha podido pintarlo de una manera tan abominable. Y no se diga que exageramos las tintas y que sólo nos fijamos en la accion menos digna

realizada por Leucino, pues si le quitamos la apuntada, ¿qué nos quedará de la obra? Nada, ni el título, nacido de ese hecho como indicamos antes. Mas para penetrarse de que en la obra de Juan de la Cueva no hay ningun dato aprovechable para crear el caracter de Don Juan, no es preciso leerla, basta pasar la vista por las palabras que con el título de *Argumento de la Obra*, la preceden como á todas las de su autor. El héroe de *El Infamador* no pasa de los límites de la vulgaridad sino para caer en lo bajo y grosero: este drama tiene, como tántas obras sus contemporáneas, muchos puntos de semejanza con *La Celestina*, y en ésta como en aquella el vicio queda castigado y hay ejemplaridad en la enseñanza que de ellas puede sacarse.

Vengamos ya á la obra de Fr. Gabriel Tellez. El Don Juan, de Tirso, es un hombre en quien se reunen todas las pasiones que pueden dominar al hombre, y al mismo tiempo un cumplido caballero, lo que le distingue de los demás héroes vulgares de iguales ó parecidas circunstancias, de los cuales está lleno nuestro teatro. En opinion de un docto catedrático, lo distinguen tres condiciones: la hermosura de su cuerpo, verdadera idealizacion de la belleza física; su valor, personificacion de la audacia humana, y su discrecion y caballerosidad. Mas todas estas condiciones y otras muchas que reunen no bastan á hacerlo tan grande como hasta nosotros ha llegado: algo más ha de haber en el que nos demuestre su trascendentalismo; y este algo, segun el mismo ilustre escritor, el Sr. Menendez Pelayo, es que Don Juan es una fuerza, una potencia llevada al más extraordinario grado; no sólo una fuerza física, sino una fuerza moral: es rebelde y es díscolo, pero lo es por la fuerza

de su voluntad, fuerza que salta por cima de toda ley, y es sólo oprimida por la justicia divina.

El drama de Tirso lleva por título *El Burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, aunque hay quien sospecha, con fundamento, que su primitivo título fué *¿Tan largo me lo fiais?*, y su accion se desenvuelve en tres actos suponiéndose las escenas en Nápoles, Tarragona, Sevilla y Dos-Hermanas. No hemos de examinar en este trabajo, exento por completo de pretensiones didácticas, lo desarreglado del plan ni lo incorrecto de la diccion, no imputable del todo al maestro Tellez, por haberse impreso esta obra por una mala copia, y nos limitaremos al estudio del personaje.

Don Juan, en castigo de sus travesuras, es enviado por su padre, valido del monarca, á Nápoles, donde Don Pedro Tenorio, su tio, se encuentra de Embajador. En aquella ciudad, valiéndose de un engaño,—artes que no usa el protagonista sino para burlar á las mujeres,—seduce á la Duquesa Isabela, y tiene que regresar á Sevilla, no sin haber burlado á la pescadora Tisbea en las playas de Tarragona, adonde le arroja una furiosa tempestad despedazando el navío que le conducía. Vuelto á Sevilla, usando las mismas artes que en Nápoles con Isabela, trata de burlar á Doña Ana de Ulloa prima y prometida esposa de su amigo el Marqués de la Mota, y al huir de su casa, mata,—accion que sólo realiza el Don Juan de Tirso por necesidad,—á Don Gonzalo de Ulloa que le negaba el paso franco. Desterrado por el Monarca á Lebrija, toma parte en las fiestas de un casamiento que celebraban unos villanos en Dos-Hermanas, y roba su honor á Aminta, con burla de Patricio su esposo. Desobedeciendo la órden de des-

tierro, regresa á Sevilla y halla en el claustro de una iglesia el sepulcro con que el Rey ha honrado la memoria de Don Gonzalo de Ulloa, y al leer el epitafio que decía:

Aquí aguarda del Señor,
El más leal caballero,
La venganza de un traïdor.

búrlase de la estátua tirándole de la barba y le convida á cenar en su posada. Acude el muerto á la cita y convida á su vez á Don Juan á cenar la noche siguiente en su capilla; vá el burlador, y muere al estrechar la mano del muerto.

Ya hemos dicho que el D. Juan de Tirso no usa de engaños más que con mujeres, ni es pendenciero y matón, acudiendo á la espada sólo en caso de necesidad, como el de Don Gonzalo, única lucha á mano armada que se encuentra en este drama, sin que pueda creerse por esto que D. Juan es cobarde; todo lo contrario, es un valiente, pero no jactancioso de serlo.

El recuerdo de una vida futura en la que se ha de recibir el premio ó el castigo, segun que las acciones del hombre en la tierra sean buenas ó malas, parece ser el tema principal de esta obra, y se repite sin cesar desde las primeras escenas á las últimas, mereciendo siempre la misma contestacion de Don Juan: así en el acto I, escena XV dice Catalinon:

Los que fingis y engañais
Las mujeres desa suerte
Lo pagareis en la muerte.

A lo que responde Don Juan:

¡Que largo me lo fiais!

Frase que con pequeñas variantes se encuentra en los pasages siguientes:

ACTO I. ESCENA XVI.

Tisbea.....— Advierte
Mi bien, que hay Dios, y que hay muerte.
D. Juan..—¡Qué largo me lo fiais!

En la misma escena:

Tisbea.....—Esa voluntad te obligue
Y si no, Dios te castigue.
D. Juan..—¡Qué largo me lo fiais!

ACTO II. ESCENA X.

D. Diego..—Y ¡qué castigo ha de haber
Para los que profanais
Su nombre! que es jüez fuerte
Dios en la muerte.
D. Juan..— ¡En la muerte!
¿Tan largo me lo fiais?

ACTO III. ESCENA III.

D. Juan..—Dadme en este engaño suerte
Si el galardon en la muerte
Tan largo me lo guardais.

ACTO III. ESCENA VI.

Catalinon.—Mira lo que has hecho, y mira
Que hasta la muerte, señor,
Es corta la mayor vida,
Y que hay tras la muerte infierno.
D. Juan..—Si tan largo me lo fias
Vengan engaños.

ACTO III. ESCENA X.

D. Juan.. Que si á la muerte aguardais
La venganza, la esperanza
Ahora es bien que perdais;
Pues vuestro enojo y venganza
Tan largo me lo fiais.

Acto III. Escena XIII.

(Cantan dentro.) Si de mi amor aguardais,
Señora, de aquesta suerte,
El galardon en la muerte,
¡Que largo me lo fiais!

—

Si ese plazo me convida
Para que gozaros pueda,
Pues larga vida me queda,
Dejad que pase la vida.
(Se repite la primera estrofa.)

Acto III. Escena XXI.

(Cantan dentro.) Adviertan los que de Dios
Juzgan los castigos grandes,
Que no hay plazo que no llegue
Ni deuda que no se pague.

—

Mientras en el mundo viva,
No es justo que diga nadie:
¡Que largo me lo fiais!
Siendo tan breve el cobrarse.

Tirso ha puesto de relieve en este drama la grandeza del poder de Dios y su justicia: su héroe es malo por la fuerza de su voluntad, pero es creyente, no es un impío; por eso al ver en su casa al Comendador que abandonando su sepulcro ha acudido á la cita, exclama:

dí, ¿qué quieres,
Sombra, ó fantasma ó vision?
Si andas en pena, ó si aguardas
Alguna satisfaccion
Para tu remedio, dilo;
Que mi palabra te doy
De hacer lo que me ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Dite la muerte en pecado?
Habla, que suspenso estoy.

Y dice al sentirse morir:

Deja que llame
Quien me confiese y absuelva.

Esto no obstante, el héroe no se salva, se condena, y á esas palabras contesta el Comendador:

No hay lugar, ya acuerdas tarde
. . . . . .
Esta es justicia de Dios,
Quien tal hizo, que tal pague.

Tirso, pues, ha hecho un drama cristiano, dándole una solucion asímismo cristiana, en armonía con lo que exigian su caracter sacerdotal y el espíritu del pueblo para quien escribia. Su héroe es perfectamente humano, grande con la frase *¡tan largo me lo fiais!* que el poeta pone tan frecuentemente en sus labios, como desafiando el poder divino, pero recibiendo el merecido castigo en las últimas escenas. No acumula Tirso sobre él crímenes sin cuento y tiene buen cuidado de no hacerle cometer acciones indignas y bajas, salvo las ya apuntadas; su potente voluntad lo hace ser moralmente un carácter.

Veamos las distintas fases que en su desarrollo toma esta leyenda.

A fines del siglo XVII y principios del XVIII, época de decadencia para nuestra literatura, aunque no tan grande como ha querido suponerse, escribia para el teatro Don Antonio de Zamora, discípulo é imitador de D. Pedro Calderon de la Barca, quien aprovechando los materiales de la obra de Tirso, trató la leyenda de Don Juan. El extravío del gusto literario en esta época y el completo olvido en que habian caido las obras del gran Tellez son las únicas causas á que podemos atribuir la refundicion de Zamora, hecha sobre la obra de aquel sin aumentarle ninguna belleza, antes bien, haciéndole perder no poco de la grandeza de su héroe. Zamora tomó algunos personajes de la obra de Tirso, cambió de nombre á

otros é introdujo algunos nuevos, variando la accion. Tituló su obra: "No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, y Convidado de piedra," título en armonía con el depravado gusto de su época, si bien en algunas reimpresiones del pasado siglo se suprime la primera parte. No dijo Zamora que habia calcado su obra en la de Tirso, pero tampoco se atribuyó originalidad, terminando su comedia con estos versos:

Y aquí, ilustre
Senado, es razon que acabe
El Convidado de piedra,
Vuelta á escribir de quien hace
Del deseo de servirte
Razones para agradarte.

Examinemos su obra.

Zamora divide su drama como Tirso en tres jornadas, y como él lleva la accion á los tiempos de Alfonso XI, pero la desarrolla en Sevilla.

Nos presenta á Don Juan de vuelta de Nápoles donde ha engañado á la noble dama Julia Octavia, (la Isabela de Tirso) pero empequeñece su figura haciéndole decir:

Sabrás que no por burlarla
Lo hice solamente; pues
Viendo, no obstante la gana
Que tuve, cuanto mi tio
Don Pedro Tenorio tarda
En enviarme á España, hice
Por donde me enviara á España.

Los motivos que obligaron á su padre á enviarle á Nápoles, que Tirso calla, los explica Zamora diciendo que fué:

En fé de unas travesuras
Muchas, pero muy honradas,
Que fueron dos ó tres muertes
Sin motivo, y otras tantas
Clausuras rotas, por solo
Un quítame allá esas pajas.

Su primera aventura, ya de regreso en su patria, es con Doña Beatriz de Fresneda, burlada por él tiempo atrás,

> Mujer ilustre, aunque hermana
> De un jácaro, que en la feria
> Es el protoguapo en gradas.

y á quien visita D. Juan á deshora todas las noches desde su regreso. En una de esas noches acierta á pasar una estudiantina á la que acompaña una pizpireta, figura repugnante de este drama; sobre la serenata que dan á la dama vienen á las manos Don Juan y los estudiantes, hace huir á éstos y hiere á D. Luis de Fresneda, que acudió durante la lucha en su defensa, salvándolo de una muerte segura.

Filiberto Gonzaga, (el Duque Octavio de Tirso) que desde Nápoles ha venido persiguiendo al que robó el honor de Julia, su prometida, lo delata al rey, pidiéndole campo para batirse con Don Juan; y el Comendador Ulloa, que había concertado tiempo atrás con Don Diego Tenorio el casamiento de su hija con Don Juan, y que es al mismo tiempo quien hospeda en su casa al noble napolitano, se cree desligado de aquel compromiso avisándoselo así á Don Diego. Don Juan va á casa del Comendador, no á robar el honor de su hija como en la obra de Tirso, sino á matar á Filiberto, é impidiéndoselo D. Gonzalo, interponiéndose entre ambos, lo mata y sale riñendo con el napolitano, huyendo Don Juan cobardemente de la lucha.

Cansada Doña Ana de Ulloa de representar al rey contra el matador de su padre, paga un jácaro que lo mate y que es precisamente Don Luis de Fresneda, con quien se encuentra Don Juan al regresar á su casa, que por cárcel le señalaba el monarca: traban lucha entre ambos, ayudando á Don Luis un an-

tiguo criado del Comendador; pierde Don Juan su espada, y próximo á una Iglesia se acoge á sagrado para salvar su vida. En esta Iglesia está el sepulcro del Comendador: Don Juan se burla de él y le convida á cenar: acude Don Gonzalo y, como en la obra de Tirso, invita al burlador para la noche siguiente.

Despues de salir ileso de la asechanza de Fresneda que, oculto en su cuarto, le dispara un pistoletazo, va Don Juan á casa de Doña Ana donde encuentra y mata á Fresneda y pretende burlar á la hija de Don Gonzalo. Celébrase el duelo de Don Juan con Filiberto, manda prender el rey á Tenorio y este, despues de atrevérsele de palabra, huye; va á la cita del Comendador, y muere al darle la mano.

Zamora, como decimos antes, ha empequeñecido la creacion de Tirso: Don Juan no es ya un valiente como en aquella, es un guapo, un maton, un pendenciero, deseoso de armar camorra por cualquier motivo, como la suscitada con los estudiantes. No hay en la obra aquel constante recuerdo de una vida futura, y de un premio ó un castigo, que tanto avalora el drama del mercenario; sólo una vez se atreve Zamora á mencionar esta idea, haciendo decir á Doña Ana de Ulloa:

¿Contra un hecho tan indigno
No hay en el cielo venganzas?

y contestar á Don Juan:

Por más que airada des gritos,
No te oirá, que está muy lejos.

frase pequeña y de ninguna importancia comparada con el *¿tan largo me lo fiais?* que Tirso le hace repetir á cada paso.

Aquellos motivos secundarios y triviales que le movieron á burlar á Julia, el número de las seduc-

ciones y la manera de llevarlas á cabo empequeñecen la figura del héroe y hacen perder importancia á la leyenda. El Don Juan de Tirso es un caballero, el de Zamora un perdido casi vulgar; en el primero hay grandeza de alma, en el segundo sólo ruindad de pasiones. A Tirso no pudo ocurrírsele presentar á Don Juan en relaciones con una mujer como Beatriz de Fresneda que se deja visitar una noche y otra, burlando la vigilancia de un hermano vil y despreciable, ni mostrarnos á este en amoríos con otra cuyo honor anda en opiniones como la Pizpireta. Los cantares que se contienen en el drama de Tirso, y que quedan copiados, son dignos, serios, apropiados á la obra; los que Zamora intercala son tonillos alegres, como puede verse:

Mas que te lleve, Gileta, Cupido,
Que es diablo que sabe juzgar los desdenes:
Mas que te lleve,
Y en su infierno apacible padezcas
El mal de celosa, el tormento de ausente.
. . . . . .
Mas que te lleve, á pesar de tus vueltas,
Que es caso terrible el matar por quererte:
Mas que te lleve,
Y en pago del juego con que á todos burlas,
Su fuego te abrase, su incendio te queme.
. . . . . .
Ojos eran fugitivos
De un pardo escollo dos fuentes
Humedeciendo pestañas
De jazmines y claveles.

y sólo en el convite que el Comendador ofrece en su sepulcro se escucha:

Mortal, advierte, que aunque
De Dios el castigo tarde,
No hay plazo que no se cumpla
Ni deuda que no se pague.

correccion bastante mala de la letra de Tirso. La burla y el desafio de Don Juan á la estátua del Comendador, en la obra del mercenario, revelan grandeza, energía y virilidad, al decir el burlador despues de leer el epitafio:

Del mote reirme quiero.
¿De mí os habeis de vengar
Buen viejo, barbas de piedra?
. . . . . .
Aquesta noche á cenar
Os aguardo en mi posada;
Allí el desafio haremos,
Si la venganza os agrada;
Aunque mal reñir podremos
Si es de piedra vuestra espada.
. . . . . .
Larga esta venganza ha sido;
Que si á la muerte aguardais
La venganza, la esperanza
Ahora es bien que perdais;
Pues vuestro enojo y venganza
Tan largo me lo fiais.

En Zamora, por el contrario, encontramos retratado en este mismo reto el rebajamiento de carácter del héroe, que va perdiendo su caballerosidad. Dice así:

Buen viejo
Cómo os vá en el otro mundo?
Dirás que bien, claro está;
Pero si en el Purgatorio
Estás, á Don Juan Tenorio
No lo esperes por allá,
Y pues quien es tu contrario
Ningun alivio te ofrece,
No haya miedo que te rece,
Ni una oracion del sudario
. . . . . .
. . . . . y lo malo
Es, cuando entre aplausos medra
Que tenga espada de piedra,

El que la trujo de palo.
. . . . . .
. . quiero su amigo ser
Y para darlo á entender,
Si esta noche ir á cenar
Conmigo quieres, por mí
Hecho está.

En cuanto al plan y la distribucion de la obra, si en Tirso no son muy de alabar, son detestables en Zamora. Del Don Juan de este último ha dicho hermosamente el Sr. Pi y Margall, que es un ser abrutado, díscolo, pendencioso, jactancioso, exagerado y despreciable, no siendo ya un carácter, sino la degeneracion de un carácter, una especie de figuron dramático. ¡Hasta este punto ha hecho descender Zamora la figura más colosal de nuestro teatro nacional!

Muchos dramáticos españoles anteriores á Zamora nos demuestran en algunas de sus creaciones rasgos semejantes á los de Don Juan, aunque nunca tántos que puedan ser considerados como nuevas formas de la leyenda. Lope de Vega, el poeta más fecundo de cuantos forman el Parnaso español, el que ha cultivado todos los géneros de nuestra literatura, y ha sido más celebrado en su pátria y fuera de ella, que cuantos le precedieron y le han seguido, Lope, que no ha creado ningun carácter, nos presenta en su comedia *Dineros son calidad*, á *Octavio*, personage que se parece no poco á Don Juan, llegando la semejanza hasta el extremo de haber escenas como la XVIII del segundo acto, la IV del tercero y otras, en que *Octavio* dá de cuchilladas á la estátua orante de *Enrique, rey de Nápoles* y animándose ésta, le recrimina su accion. Pero, á pesar de esto, no podemos incluir la obra entre las que han tenido el carácter de Don Juan como modelo para su protagonista; ni Lope

se propuso escribir sobre la tradicion sevillana, ni la escena del panteon es más que una coincidencia casual, llevada al drama con muy diferente objeto que el que Tirso se propuso.

El señor Marqués de Valmar señala tambien algunas semejanzas que se encuentran en *San Franco de Sena*, de Moreto, y en *No hay cosa como el callar*, de Calderon, y Doña Blanca de los Rios agrega á este catálogo *La venganza en el sepulcro*, comedia de Don Alfonso de Córdoba y Maldonado.

Entre las *Historias peregrinas y exemplares* de Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, impresas en Zaragoza en 1623, insértase una interesantísima novela titulada *La constante cordobesa*, y en la que el héroe, Don Diego de Córdoba y Montemayor, presenta tambien algunos rasgos de Don Juan. Don Diego, aunque casado, persigue sin descanso la posesion de la doncella Elvira, y cuando despues de muchas contrariedades, que prestan gran interés á la relacion, ha convenido con la criada su entrada en casa de la joven, y espera la hora de la cita paseando con un amigo por la Iglesia parroquial vecina á la casa de la dama, ábrese de improviso una sepultura, sale de ella el cadáver del padre de Elvira vistiendo el tosco sayal de los religiosos de San Francisco y amonesta á Don Diego, para que vuelva sobre sí y no apresure el castigo, que él por permision divina está llamado á advertirle.

Si en nuestra pátria no encontramos nuevas versiones de la leyenda que estudiamos, se nos presentan abundantísimas fuera de ella, en las extrañas literaturas.

En 1652 se imprimia en Nápoles *Il convitato di pietra*, de Francesco Savio, aunque, al decir de un

historiador de la literatura italiana, la leyenda se conocia en aquel teatro desde 1620. Italiana es, segun este mismo historiador, citado por el ilustre Marqués de Valmar, la lista en que Don Juan apunta sus conquistas amorosas.

En Francia, Villiers, Dorimon, Molière y Dumesnil llevan tambien al teatro á Don Juan en los años que median entre 1659 y 1667, siendo entre todas estas obras la principal la de Molière, aunque es bastante libre: en este drama Don Juan seduce á una novicia que aquí lleva el nombre de Elvira. De las manos del gran cómico francés salió Don Juan desfigurado, como no podia menos de suceder al pasar del religioso Tirso al despreocupado Molière: el héroe no es ya caballero, ni valiente, ha perdido su grandeza de alma, pasando á ser un excéptico, tramposo y estafador. No tuvo Molière, como Tirso ni como Zamora, palabras de arrepentimiento que poner en la boca de Don Juan en los momentos de su muerte, circunstancia que con justicia califica el Sr. Pi y Margall de colmo de la inmoralidad.

Tomás Corneille puso en verso en 1677 la obra de Molière, le corrigió algunas escenas libres y sin mejorar mucho al héroe se acercó algo más al ideado por Tirso.

En Inglaterra se acaba de prostituir el hermoso tipo del burlador en *The libertine*, de Shadvell, obra que, á pesar de las libertades que el teatro gozó en aquella nacion hubo de ser prohibida. En Italia se empequeñece en *Giovvanni Tenorio* de Goldoni, único autor que no hace á Don Juan Sevillano, aunque muere en su drama en Sevilla; y acaba en bufo en el libreto del clérigo Lorenzo da Ponte, célebre, más que por otra cosa, por haberle puesto música el insigne Mozart.

Lord Byron ha escrito un hermoso poema con el título de Don Juan; en su relato, no obstante el carácter autobiográfico de la obra, presenta tanta semejanza con el de Tirso que en opinion del docto Sr. Pi y Margall son los que distan menos entre sí.

Un escritor francés, Alejandro Dumas, escribia en 1836 su Don Juan de Marana, *ou la chute d'un ange*, que el ilustre Garcia Gutierrez traducia bien pronto al castellano. Dumas desposeyó á Don Juan del apellido Tenorio que de acuerdo con la tradicion le habian dado todos los escritores, y amalgamando algo de su caracter con el falso y fantaseado recuerdo del Venerable Don Miguel Mañara, escribió una obra extraña, atropellando la historia y manchando la memoria de aquel varon insigne en virtudes, tratando de oscurecer su hermosa figura, tarea en que no ya extraños, sino naturales, le han ayudado, cuidándose poco de distinguir la leyenda tradicional verdadera de la falsa conseja: que Mañara no puede confundirse con Tenorio no hay que probarlo, basta con examinar la fecha en que escribia Tirso, y la en que nació el fundador del Hospital de la Caridad de Sevilla. Dumas ha aportado dos elementos nuevos á la leyenda, ha creado un rival al héroe y ha salvado á este haciendo bajar á la tierra y tomar forma tangible al Angel de la Guarda de Don Juan no obstante aparecer este en toda la obra como un excéptico.

En Alemania se ha presentado de varias maneras y por diversos escritores la leyenda de Don Juan, asi como en los paises escandinavos y hasta en los Estados Unidos del Norte de América ha dado origen á un baile fantástico. En Portugal cupo á Don Juan la suerte desdichada de que fuese Guerra Junqueiro, un positivista, quien lo acogiese en aquella literatu-

ra, y júzguese cómo habrá podido salir de manos de un escritor de estas condiciones, aquel admirable carácter: en esta obra no se sabe qué repugna más, si la degradacion de Don Juan ó los groseros ataques que el autor prodiga á la Divinidad.

Veamos ahora la obra de Zorrilla, y de que modo han influido en ella los distintos elementos aportados á la leyenda por los escritores que de ella han tratado.

Referir aquí el argumento de *Don Juan Tenorio* seria inferir una ofensa, no perdonable, á cualquier lector español que pasase su vista por estas páginas. No hay en nuestra patria quien no conozca este popular drama, que necesariamente, por la sancion popular, ha de representarse la noche de ánimas en todos los teatros de España, de los que desterró desde su aparicion, en 1844, á la obra de Zamora que habia alcanzado idéntico privilegio. Siendo, pues, tan conocido el argumento, estudiemos los principales puntos de vista que nos presenta el drama.

Zorrilla ha tomado su héroe de Tirso, así lo asegura él mismo en sus curiosas *Memorias del tiempo viejo*, y nos dice de él, que:

. . . . . se sabe
Que es la más mala cabeza
Del orbe, y no hubo hombre alguno
Que aventajarle pudiera...
. . . . . .
Porque no hay como Tenorio
Otro hombre sobre la tierra
Y es proverbial su fortuna
Y extremadas sus empresas.

Y en otro lugar hace decir á Ciutti criado de Don Juan, refiriéndose á éste:

Yo creo que sea él mismo
Un diablo en carne mortal

Porque á lo que él, solamente
Se arrojara Satanás.
. . . . . .
. . . . á su lado
La fortuna siempre va
Y encadenado á sus pies
Duerme sumiso el azar.
. . No he visto hombre
De corazon más audaz;
No halla riesgo que le espante,
Ni encuentra dificultad
Que al empeñarse en vencer
Le haga un punto vacilar.
A todo osado se arroja,
De todo se ve capaz,
Ni mira dónde se mete
Ni lo pregunta jamás.
"Allí hay un lance", le dicen;
Y él dice: "Allá va Don Juan„.

En el primer acto de la segunda parte, pone en boca del escultor esta pintura de Don Juan:

Tuvo un hijo este Don Diego
Peor mil veces que el fuego,
Un aborto del abismo.
Un mozo sangriento y cruel,
Que con tierra y cielo en guerra,
Dicen que nada en la tierra
Fué respetado por él.
Quimerista, seductor
Y jugador con ventura,
No hubo para él segura
Vida, ni hacienda, ni honor.

Pero si queremos un retrato más perfecto del protagonista acudamos al cartel fijado en Nápoles en que ofrece suscribir á todas las hembras

Desde la princesa altiva
A la que pesca en ruin barca

y á la explicacion de sus aventuras cuando exclama:

Desde una princesa real
A la hija de un pescador,

¡Oh! ha recorrido mi amor
Toda la escala social.

Versos que por sí solos bastaban, si el autor no lo hubiese dicho, para demostrar que tuvo presente la obra de Fr. Gabriel Tellez, pues están recordando constantemente á Isabela y á Tisbea, del drama de Tirso.

La ferocidad del carácter de Don Juan está aquí algo recargada; solo así puede decir:

Por donde quiera que fuí,
La razon atropellé,
La virtud escarnecí,
A la justicia burlé
Y á las mujeres vendí.
Yo á las cabañas bajé
Yo á los palacios subí,
Yo los claustros escalé
Y en todas partes dejé
Memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
Ni hubo razon ni lugar
Por mi audacia respetado;
Ni en distinguir me he parado
Al clérigo del seglar.
Á quien quise provoqué,
Con quien quise me batí,
Y nunca consideré
Que pudo matarme á mí
Aquel á quien yo maté.

Don Juan conserva en Zorrilla la hermosura física, que, como hemos dicho antes, importa tanto para el valor de su carácter dramático. Por esto Doña Ines, fascinada ante él, exclama:

Tal vez Satan puso en vos
Su vista fascinadora,
Su palabra seductora
Y el amor que negó á Dios.
. . . . . .
Tu presencia me enagena,
Tus palabras me alucinan,

Y tus ojos me fascinan,
Y tu aliento me envenena.

Tambien es valiente, que es otro de los rasgos principales, como lo demuestran muchos de los versos copiados, y mejor aún cuando dice:

Jamás delante de un hombre
Mi alta cerviz incliné,
Ni he suplicado jamás,
Ni á mi padre, ni á mi rey.

y cuando Mejia le hace notar que la presencia de un tercero puede impedir un desafío, exclama:

¡Miserable!... de Don Juan
Podeis dudar solo vos;

La cortesía y caballerosidad son tambien condiciones de su carácter. Don Juan es cortés con las mujeres, recuérdese sino su diálogo con Lucía; es cortés con los caballeros, á menos que éstos no se opongan á sus designios: su caballerosidad ha sido rebajada algo por Zorrilla, si la comparamos con la del Don Juan de Tirso, pero no ha llegado á ser el maton pendenciero y fanfarron de Zamora y de algunos escritores extranjeros. Así en las primeras escenas, aunque no á la vista del público, nos presenta Zorrilla á Don Juan riñendo en la plaza con la chusma, sin necesidad que lo justifique, y acude á medios que Tirso hubiera reprobado, como el de hacer sujetar y encerrar por sus criados á Don Luis Mejia, para burlar á Doña Ana, hecho que Mejia moteja de traicion, á lo que Don Juan contesta:

Traicion es, mas como mia.

Su lujuria es tan brutal y desenfrenada como en la leyenda popular acogida por Tirso: Don Juan no se enamora nunca y las mujeres se enamoran siem-

pre de él, en la leyenda primitiva; Zamora le hace interesarse algo por Doña Ana de Ulloa, Zorrilla le enamora perdidamente de Doña Ines. Sus conquistas amorosas son siempre obra de pocas horas ó de no muchos dias:

Uno para enamorarlas,
Otro para conseguirlas,
Otro para abandonarlas,
Dos para sustituirlas
Y una hora para olvidarlas.

Si el Don Juan de Zorrilla está, como vemos, calcado en el de Tirso, ¿qué le falta para alcanzar la grandeza de aquél?. Le faltan algunas notas. El Don Juan de Tirso es creyente, aunque su osadía le lleve á oponerse al cielo, si preciso fuera; el de Zorrilla no es incrédulo, pero le falta poco para serlo, y así le oimos decir:

Yo que no creo que haya
Más gloria que esta mortal.

y, en otro lugar, dirigiéndose á la estátua del Comendador:

Si hay más mundo que el de aquí,
Y otra vida, en que jamás,
A decir verdad, creí.

Y, si Don Juan no cree en nada de esto, ¿qué mérito tiene su reto y convite al Comendador?: esto es de un gran valor y de un gran efecto dramático dicho por un creyente, pero carece de importancia puesto en lábios de un descreido.

Mas hemos dicho que Don Juan no es incrédulo, aunque le falta poco para serlo, pues si en los pasages citados se nos presenta como un impío, en otros lo contemplamos diciendo á Don Gonzalo:

Yo idolatro á Doña Inés,
Persuadido de que el cielo

Me la quiso conceder
Para enderezar mis pasos
Por el sendero del bien.
. . . . . .
Su amor me torna en otro hombre
Regenerando mi ser,
Y ella puede hacer un angel,
De quien un demonio fué.
. . . . . .
Míralo bien, Don Gonzalo,
Que vas á hacerme perder
Con ella hasta la esperanza
De mi salvacion tal vez.

Y más adelante en la interesantísima escena X del tercer acto de la primera parte:

Y venza el infierno, pues.
¡Ulloa, pues mi alma así
Vuelves á hundir en el vicio
Cuando Dios me llame á juicio
Tu responderás por mi!
. . . . . .
Llamé al cielo y no me oyó,
Y pues sus puertas me cierra,
De mis pasos en la tierra
Responda el cielo, y no yo.

Tan pronto, pues, aparece creyente, como le vemos ser casi impío, y si queremos apurar más las citas en este punto, acudamos al final del drama, cuando el Comendador le muestra el fuego y la ceniza en que paran el valor, la juventud y el poder, y le oiremos exclamar:

¿Con que hay otra vida más
Y otro mundo que el de aquí?
¿Con que es verdad ¡ay de mi!
Lo que no creí jamás?
¡Fatal verdad que me hiela
La sangre en el corazon!
¡Verdad que mi perdicion
Solamente me revela!

y sin embargo de esto, Zorrilla salva á Don Juan, sin

que en su vida hayamos encontrado un solo rasgo, un hecho cualquiera en que esto pueda fundarse, como ocurre con tantos malvados de nuestro teatro, que obtienen el perdon de sus culpas por la devocion de la Cruz, como el héroe del drama de Calderon que lleva ese título, ó por cualquiera otra circunstancia. Tenorio muere á manos del Capitan Centellas y lo salva el amor de Doña Ines, idea nada cristiana, que, como hemos dicho antes, trajo á la leyenda el francés Dumas. No queremos reforzar lo dicho con juicios propios, que pudiesen parecer apasionados; oigamos á un ilustre escritor, el señor Don Adolfo de Castro, que dice: "Doña Ines queda despues de muerta bajo „la misma circunstancia. Si logra convertir á Don „Juan con él se salva ó se condena con él; decision „contraria tambien á la misma teología, porque eso „equivale á poner en Dios injusticia, pues nadie es „condenado por culpas agenas, sino por las propias.„ Si Zorrilla hubiese prescindido de esta redencion por el amor mundano, aunque por otro medio hubiese salvado á su Don Juan, tendria mucho más valor la exclamacion de éste:

Que un punto de contricion
Da á un alma la salvacion
De toda una eternidad,
Yo, santo Dios, creo en tí:
Si es mi maldad inaudita,
Tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!

y aquella con que termina el drama:

Mas es justo; quede aquí
Al universo notorio,
Que pues me abre el purgatorio
Un punto de penitencia,
Es el Dios de la clemencia
El Dios de Don Juan Tenorio.

Pasages bellísimos que contrastan, por la pureza de la creencia que respiran, con ciertos dejos de fatalismo diluidos en varias escenas de este drama.

Tambien es de Dumas la idea de oponer un rival á D. Juan, pues Tirso, Zamora y los otros dramáticos lo habian presentado en lucha sólo con los ofendidos por sus atrevimientos á las damas. Este rival se llama Don Sandoval de Ojedo en la obra del francés, y Don Luis Mejía en la de Zorrilla. El carácter de Don Luis se acerca al de Don Juan, sin alcanzarlo nunca; es una figura secundaria llevada al drama para hacer más palpables las extraordinarias condiciones del verdadero héroe, y de quien este se desprende matándole una vez realizada su apuesta de robarle su dama la noche antes de su casamiento.

Francesa asímismo, aunque más antigua, es la idea de llevar á este drama la seduccion de una novicia, segun queda dicho al hablar de *Don Juan ou le festin de pierre* de Moliere, aunque de seducciones de novicias está lleno nuestro teatro y nuestra novela española. Zorrilla acogió la idea y trasladó á su drama, con otros nombres, acortándola, y variando algunas otras circunstancias, su interesante leyenda *Margarita la tornera,* cuyo protagonista tanto se parece á Tenorio. En esta leyenda el héroe se llama tambien Don Juan, Don Juan de Alarcon, y aunque no es natural de Palencia, reside en aquella antigua ciudad: de él nos dice Zorrilla que:

era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor
. . . . . .
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas,

El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.
Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra
Ni le esquive una palabra
Dicha de paso á la oreja.

La leyenda, por otra parte, es antiquísima en nuestra patria y se encuentra en *La buena guarda* de Lope y en muchas otras obras.

La figura de Doña Inés en el drama de Zorrilla es interesantísima y, aparte de lo que puede repugnar, como hace notar el Sr. Don Adolfo de Castro, que se preocupe de tal modo por la salvacion de su amante olvidando la de su padre, que ha muerto sin confesion, y que á juzgar por aquellos versos que dice el Comendador:

Ahora, Don Juan,
Pues desperdicias tambien
El momento que te dan,
Conmigo al infierno ven.

está en aquel lugar de castigo, atraerá siempre hacia sí las simpatías de los lectores de ese drama y de los espectadores de su representacion. Su figura es admirable al caer fascinada ante Don Juan, y no lo es menos cuando, en presencia del cadáver de su padre, claman todos:

Justicia por doña Inés,

y contesta ésta:

Pero no contra Don Juan.

Hemos dicho antes que en la obra de Zorrilla entran otras leyendas secundarias que agigantan la figura de Don Juan, y que no entraron para nada en la de Tirso; ya hemos visto la del rival y la de la seduccion de la novicia, réstanos examinar una interesantísima.

En las últimas escenas de este drama oye Don Juan cantos funerales y vé pasar un entierro, que es precisamente el suyo. Esta tradicion del caballero que vé su entierro no es tampoco nueva en nuestra literatura, y algun dia escribiremos de ella tan largo cuanto su mucho interés requiere. Ya en el siglo XVI, en 1570 imprimía en Salamanca Antonio de Torquemada su *Jardin de flores curiosas,* joya de nuestra literatura, en la que se cuenta entre varias historias la siguiente:

"Y de éstas es una la que sucedió á un caballero en nuestra España, que por ser en infamia y perjuicio suyo, y de un monasterio de religiosas, no diré el nombre dél, ni tampoco del pueblo donde aconteció, y fué, que este caballero, siendo muy rico y muy principal, trataba amores con una monja, la cual, para poderse ver con él, le dixo que hiziesse unas llaves conformes á las que tenian las puertas de la iglesia, y que ella tambien haría de manera que por un torno que había para el servicio de la sacristía, y otras cosas, pudiese salir donde ambos podrían cumplir sus illícitos y abominables deseos: el caballero, muy contento de lo que estaba ordenado, hizo hacer dos llaves, una para una puerta que estaba en un portal grande de la iglesia, y otra para la puerta de la mesma iglesia; y porque el monasterio estaba algo lexos del pueblo, él se fué al medio de una noche que hazía muy escura, en un caballo, sin llevar ninguna compañía, porque su negocio fuesse más secreto, y dexando arrendado el caballo en cierta parte conveniente, se fué al monasterio, y en abriendo la primera puerta, vió que la de la iglesia estaba abierta, y que dentro habia muy gran claridad de hachas y velas encendidas, y que sonaban voces como de personas

que estaban cantando y haciendo el officio de un defuncto: él se espantò, y se llegó á ver lo que era, y mirando á todas partes vió la Iglesia llena de frayles y clérigos, que eran los que estaban cantando aquellas obsequias, y en medio de sí tenian un túmulo muy alto cubierto de luto, y alrededor dél estaba muy gran cantidad de cera que ardía, y así mesmo los frayles y clérigos, y otras personas que con ellos estaban, tenian en las manos sus velas encendidas; y de lo que mayor espanto rescibió fué de que no conoscía á ninguno, y despues de haber estado un buen rato mirando, llegóse cerca de uno de los clérigos, y preguntóle que quién era aquél defuncto por quien se hacian aquellas honras, y el clérigo le respondió que se habia muerto un caballero que se llamaba..., nombrando el mesmo nombre que él tenía, y que le estaban haciendo el entierro; el caballero se rió, respondiéndole: Ese caballero vivo es, y así vos os engañais; el clérigo le tornó á decir: Más engañado estais vos, porque cierto, él es muerto, y está aquí para sepultarse; y él torno á su canto. El caballero, muy confuso de lo que le habia dicho, se llegó á otro, al qual hizo la mesma pregunta y le respondió lo mesmo, affirmándolo tan de veras, que le hizo quedar muy espantado, y sin esperar más se salió de la Iglesia, y cabalgando en su caballo se comenzó á volver para su casa, y no ovo dado la vuelta, cuando dos mastines, muy grandes y muy negros, le comenzaron á acompañar uno de una parte y otro de la otra, y por mucho que hizo y los amenazó con la espada, no quisieron partirse dél hasta que llegó á su puerta, á donde se apeó, y entró dentro: y saliendo sus criados y servidores que le estaban esperando, se maravillaron de verle venir tan demudado y la color tan per-

dida; entendiendo que le habia acaescido alguna cosa, se lo preguntaron, persuadiéndole con grande insistencia que se lo dixesse. El caballero se lo fué contando todo particularmente, hasta entrar en su cámara, donde, acabando de decir todo lo que avia pasado, entraron los dos mastines negros, y dando salto en él, le hicieron pedazos y le quitaron la vida, sin que pudiesse ser socorrido, y assí salió verdad lo de las obsequias que en vida le estaban haciendo."

En el siglo siguiente, en 1658, Cristóbal Lozano en su obra *Los Monjes de Guadalupe, Soledades de la Vida, y desengaño del Mundo,* inserta la popular leyenda del estudiante cordobés Lisardo, que, despues de una vida accidentada llena de tropiezos y dificultades, tiene que salir huyendo y se refugia en Salamanca cursando leyes en su famosa Universidad. En aquella ciudad entra en amoríos con Teodora, próxima á profesar en un convento y una noche al salir de casa de su amada recibe un aviso de la Providencia que le dice: *Lisardo aquí han de matar á un hombre, repara en lo que haces* y *mira como vives,* que sobrecoge al mancebo, mas no le hace cambiar de vida. Despues de haber pasado Teodora de su casa al Convento, convienen los amantes en que una noche entrará Lisardo en la celda de la religiosa, y al dirigirse el estudiante hacia el Convento la noche convenida, siente confuso tropel de gente, oye que dicen: *Lisardo es, matadle* y que repiten todos: *muera, muera,* al tiempo de que una voz lastimera exclama: *¡Ay que me han muerto!* Sale del escondite donde al sentir ruido se refugiara, tropieza con el cadáver, pero loco sigue, encuentra un entierro y penetra trás él en la Iglesia del Convento; pregunta á los cantores quién es el muerto, y escucha: *Este es Lisardo el estudiante, Li-*

sardo el de Córdoba, que vos conoceis como vos mismo. Y el mancebo se palpa y se cree vivo, y oye al mismo tiempo el doble de las campanas y los cánticos funerales, y cae sin sentido en tierra.

Un autor anónimo puso en dos interesantísimos romances vulgares, que más tarde insertó Duran en su romancero, esta curiosa historia, y allí, como en el libro citado de donde está tomada, se supone contado por el mismo Lisardo, quien en el romance describe así su segunda vision:

Y ví pasar en dos líneas
Un grande acompañamiento
De eclesiásticos que iban
Puestos de sobrepelices,
Con sus hachas encendidas,
Con su cruz y manga negra
Delante, y no conocía
Yo á ninguno, con ir tantos
De facciones tan distintas.
Ví á la postre que llevaban
Entre cuatro, ¡qué fatiga!
A un difunto en un paves,
O féretro, y cubierto iba
Con una bayeta negra.....

Y ya una vez en la Iglesia del Monasterio, dice:

Con recato y cortesía
Le pregunté al más cercano
De los cantores que habia,
Que quién era aquel difunto;
Y dió un suspiro y decía:
Es Lisardo el Estudiante....

Este mismo Lisardo presenta en esta leyenda otros muchos puntos de semejanza con Tenorio; pero narracion genuinamente española nos dice más adelante, que esos acompañantes del entierro y esos cantores del funeral son almas del Purgatorio, que, ayudadas y asistidas por las oraciones y limosnas del estudiante, han venido á corresponderle, rogando á

Dios porque está su alma en duda de salvacion, y Lisardo se arrepiente de su vida pecadora, reparte su caudal y se retira á hacer penitencia, como Don Gil el protagonista de *El Esclavo del Demonio* de Mira de Mescua, y tantos otros héroes de los que nos presenta nuestra rica literatura, y acaba su vida en el monasterio de Guadalupe. Tambien este tipo de Lisardo el estudiante aparece con variantes en *El estudiante de Salamanca* de Espronceda y en *El Capitan Montoya* del mismo Zorrilla.

El el teatro Español aparece esta tradicion, del hombre vivo que vé su entierro, con el gran Lope de Vega, en su comedia *El Vaso de eleccion. San Pablo*, que, inédita hasta nuestros dias, acaba de ser publicada en el tomo III de las Obras del gran dramático, monumento que bajo la direccion del Sr. Menendez Pelayo está levantando la Real Academia Española al *Fenix de los Ingenios* castellanos. Al acto primero de dicha comedia pertenecen estas escenas:

«*Suenan cajas destempladas.*

Saulo..... .—Escucha. Unas destempladas
Cajas parece que escucho.
Eliud.....—A estas horas fuera mucho.
Saulo.....—Si no son imaginadas
Sombras, estas son banderas
Arrastrando, y me parece
Entierro romano.
Eliud.....— Ofrece
A veces fantasmas fieras
A los ojos el desvelo,
Que pena y cuidado dan.
Antojos, señor, serán.

Salgan cajas y banderas arrastrando.

Saulo.....—Agora bañando el suelo
Con lágrimas, y tendido
El cabello por los ojos,
Con tres hachas, que despojos
De acto funeral han sido.

Y mantos negros atrás,
Tres mujeres juntas vienen
Que oficio de llorar tienen
En los entierros.

Salgan tres mujeres como dicen los versos.

Eliud.....— Jamás.
He visto cosa como ésta.
Limpiémonos bien los ojos,
Porque pueden ser antojos.
Saulo.....—Las cajas dan por respuesta
Que es verdad lo que miramos.

Pase ahora el ataud como dice.

Agora viene, Eliud,
En hombros un ataud
De cuatro ancianos. Sepamos
Quién es ese caballero
Que, á la romana costumbre,
Antes de mirar la lumbre
Del sol se entierra.
Eliud.....— Yo quiero.
Llegar á saberlo deste
Que detras del cuerpo helado
Va de un pavés embrazado.
Para que nos manifieste
Deste enigma la verdad.
Saulo.....—Llega á preguntarlo, pues.
Eliud.....—Decidme, señor, ¿quién es
Este difunto?
Balbo.....— Mirad
En el pavés su blason,
Porque Saulo dice en él,
Hijo de Salatiel.
Eliud.....— ¡Saulo!
Balbo.....— ¿Qué os dá admiracion? (1)
Eliud.....— ¿Cómo puede ser que sea
Saulo, si está vivo aquí?
Balbo.... ..—Saulo va difunto allí,
Que en el mar de Galilea
Murió anegado.
Saulo.....— ¡No estoy

(1) Lo mismo en el manuscrito pazmense, pero debe de ser:
Eliud.....—¡Saulo!
Balbo.....—Hijo de Salatiel.
¿Qué, os da admiración?
(Nota del Sr. Menendez Pelayo.)

En mí! ¿Es sueño, es devaneo
Lo que escucho y lo que veo?
Si es verdad que Saulo soy,
¿Cómo me van á enterrar?
¿Libre del mar no salí,
Y á Tarso he llegado? Sí.
¿Pues cómo me anegó el mar?

Vánse entrando las mujeres y el ataud, y el del pavés se va poco á poco.

¡Qué notable confusion!
Eliud..... Sin sentido estoy
Saulo..... Recelo
Que este es aviso del cielo,
Y esta es celestial vision.

El drama de Zorrilla no es, como el de Tirso, un drama de expiacion y de ejemplaridad, y por eso no encontramos á cada paso, como en la obra de aquel, un aviso ó recuerdo de la existencia de la vida futura; mas, sin embargo, Zorrilla no ha prescindido absolutamente de ese recuerdo, y así hace á Don Diego decir á su hija:

Adios, pues; mas no te olvides
De que hay un Dios justiciero.
. . . . . .
Don Juan, en brazos del vicio
Desolado te abandono;
Me matas... mas te perdono
De Dios en el santo juicio.

á lo que aquel contesta:

Largo el plazo me poneis;

asemejándose al Don Juan del mercenario.

Así como en la obra de Tirso es de gran efecto dramático oir en las últimas escenas aquel cántico que dice:

Mientras en el mundo viva,
No es justo que diga nadie;
¡Que largo me lo fiais!
Siendo tan breve el cobrarse.

repeticion de la frase constante de Don Juan, no es

de menos efecto oirle repetir en la de Zorrilla, al término casi de la obra, aquellos versos:

¡Ah! por do quiera que fuí,
La razon atropellé,
La virtud escarnecí,
Y la justicia burlé.
Y emponzoñé cuanto vi,
Y á las cabañas bajé,
Y á los palacios subí,
Y los claustros escalé;
Y pues tal mi vida fué,
No, no hay perdon para mí.

que con la arrogancia propia de su carácter le oimos recitar jactándose de ello en el primer acto.

He aquí el desarrollo de la leyenda hasta llegar á Zorrilla. Acaba con este escritor? Creemos que no, pues ignoramos hasta dónde puede llevarla la fantasía de un artista: imposible no es, por tanto, mas es muy dificil que en mucho tiempo alguien se atreva á poner mano en la obra del autor que acaba de bajar al sepulcro. Una prueba evidente de que la leyenda de Don Juan es inagotable la tenemos en que continuamente suministra asuntos á los autores que más ó menos directamente quieren tratarla: ahí están sinó, además de las obras ya citadas, *Don Luis Osorio* de Fernandez y Gonzalez, algunos poemas de Campoamor y el *Hombre de Piedra* de Cano y Cueto, que en su Don Lope Aguilera deja entrever rasgos muy distintivos de Don Juan y del estudiante Lisardo, aunque el ánimo del autor, como creemos, no fué imitar ninguno de estos caracteres.

Para que no quedase á esta leyenda ningun camino que recorrer, un autor desconocido, tan iliterato como visionario, escribió un papel titulado «*Don Juan Tenorio, Leyenda tradicional,*» impreso en Sevilla sin año, pero seguramente entre 1850 y 1860 por

un impresor de romances. En este folleto, digno de figurar al lado de *Cornelia Bororquia* y de los romances de bandidos célebres, se hace á Don Juan granadino, se le avecinda en Madrid y se acumulan sobre él un sin número de crímenes, entre ellos un fratricidio y dos incestos: su vida pasa entre personas más corrompidas todas que él, pero el autor se extrema en las pinturas de un fraile y una manceba, á cual más abominables. Don Juan, despues del convite, es llevado por el Comendador á la ciudad de los muertos, donde contempla á todas sus víctimas; vuelve á la tierra, hace testamento, lega sus bienes al Hospital de la Caridad de Sevilla—eterna y no disculpable manía de unir dos vidas tan opuestas como las de Mañara y Tenorio—y retirándose al monasterio de Yuste, toma el nombre de Juan de la Penitencia.

Analizando la obra de Zorrilla y estudiando sus elementos hemos alabado cuanto lo merece y censurado lo que estimamos censurable: creemos que nuestra opinion es imparcial, que nada pierde el genio porque se apunten los lunares de sus obras, que esos grandes escritores son al fin hombres y como tal sugetos á error. Nadie, por otra parte, habrá tratado tan duramente á Don Juan Tenorio como su propio autor, hasta el punto de que cuantos han escrito de esta obra, despues de publicados los *Recuerdos del tiempo viejo,* han tenido que defender, ¡raro caso! el drama contra las opiniones de su autor; además, estos errores cuando los cometen hombres como Zorrilla, ha dicho un crítico eminente, todos quedan cubiertos con el manto esplendoroso del genio que distrae la atencion del que admira la obra.

Ya hemos visto cómo se desarrolla en la literatura la leyenda de Don Juan; pero no sólo la poesía

y la dramática entre las artes bellas han dado formas á este carácter, sino que las artes gráficas y la música muy especialmente han acudido á ella en demanda de inspiraciones. Creemos que no se refiere el tema del certámen para que se escribe este trabajo más que al desarrollo literario de la leyenda; pero si deseamos completar el estudio y conocer sus manifestaciones musicales, tendríamos que recordar á los compositores Cicognini, Perucci, Letellier, Righini, Tritto, Albertini, Gardi, Fabrici, Gazzaniga, Cimarosa, Gluck, Haydn y otros citados por la escritora sevillana Blanca de los Rios, y sobre todo Mozart y Carnicer, el primero autor de la famosa ópera *Don Giovanni* obra inspiradísima y justamente famosa, el segundo por ser un compositor español y maestro de músicos eminentes que aún viven para bien de la música y de las letras.

De la primera hemos hecho mencion al hablar de la obra del abate da Ponte, que le sirve de letra, sólo agregaremos que es tal vez el más sólido fundamento de la gloria de Mozart. La de Don Ramon Carnicer, estrenada en Barcelona en 1818, puede considerarse como una temeridad, escrita desaconsejadamente, en opinion de Don Adolfo de Castro, porque, como añade este escritor, "aunque tiene trozos origi„nales y de verdadero talento musical, su competen„cia con Mozart es más que atrevida.„

Desde que en España se conocen semanarios ilustrados y publicaciones de índole análoga, apenas pasa año sin que encontremos en sus colecciones alguna manifestacion artística de esta leyenda, que, literariamente considerada, como dijo Zorrilla en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, «mantiene en la primera quincena de Noviembre todos los teatros de verso de

España y América» y que, podemos agregar nosotros, inspira anualmente en los mismos dias á todos nuestros dibujantes; entre los que se distinguen notables artistas. Varias obras pudieran, además, citarse á este fin, entre ellas la última edicion del Tenorio de Zorrilla, avalorada con bellísimos dibujos de Perea, Ferrant, Mestres, Pla y Huertas.

La leyenda grande en sí, pero popularizada merced al ingenio de los artistas y literatos que hemos citado, ha venido á ser tan popular y acaso más que ninguna otra de origen español. Ya aparezca en la literatura, ya renazca en cualquiera otra bella arte, siempre la vemos con esas formas tan variadas, tan vigorosas, tan nuevas y tan sorprendentes como son aquellas de que el genio se vale para encerrar sus admirables creaciones.

El origen de la leyenda aún no es conocido para muchos, pero ya no un secreto; la escritora, varias veces citadas, Doña Blanca de los Rios nos ha dicho hablando de ella: "nació (y ya diremos en que tiempo „y por que modos) de la mente genial de Fr. Gabriel „Tellez.„ Esperemos, pues, á que su trabajo biográfico y crítico de Tirso de Molina, premiado por la Real Academia Española sea del dominio público, y podremos congratularnos todos los españoles de tener una nueva joya literaria, que ha de aclarar tantos puntos obscuros de la vida del grave religioso cuanto socarron dramático. A Sevilla sola cabrá la honra de que sea una ilustre escritora, cuya cuna se meció á la sombra protectora de su Giralda, quien enseñe el origen de la más sevillana de sus tradiciones.

FIN

5.000
Cubierta restaurada

- CLIT
- AN
- SEV
- LEI
- DJIAN
- SXIA
- OF

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOTICIA de las Academias literarias, artísticas y científicas de Sevilla, de los siglos XVII y XVIII. *(Premiada por el Ateneo y Sociedad de excursiones de Sevilla en 1887).*—Sevilla 1888.—VIII-72 páginas en 4.° *(agotada.)*

BIOGRAFÍA del poeta sevillano Rodrigo Fernandez de Ribera y juicio de sus principales obras. *(Premiada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1889).*—Con un prólogo del Sr. Don Luis Montoto y Rautenstrauch.—Sevilla 1889.—XX-128 páginas en 8.° 2,50 pesetas.

LA IMPRENTA EN SEVILLA. Ensayo de una historia de la tipografía sevillana y noticias de algunos de sus impresores desde la introduccion del arte tipográfico en esta ciudad hasta el año de 1800. — Sevilla 1892.—VIII-144 páginas en 4.° 3 pesetas.

MATEO ALEMAN Y SUS OBRAS. Discurso leido ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 25 de Marzo de 1892 en la recepcion del autor, seguido del de contestacion por D. Luis Montoto y Rautenstrauch. - Sevilla 1892, 48 páginas en 4.° —*(No se ha puesto á la venta).*

GÉNESIS Y DESARROLLO de la leyenda de Don Juan Tenorio. *(Premiado por el Ateneo y Sociedad de excursiones en Sevilla en 1893).*—Sevilla 1893. —48 páginas en 4.° 1 peseta.